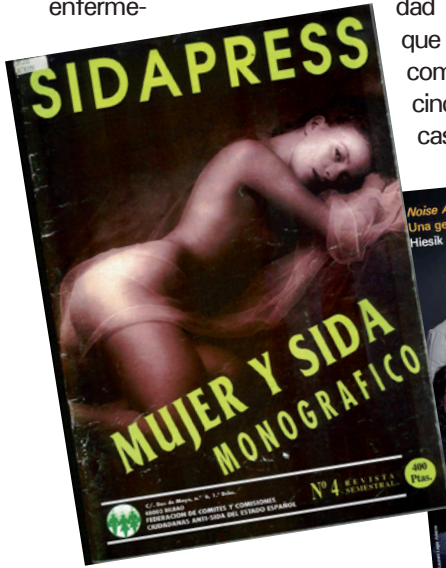


VIH-SIDA EN EUSKADI Y ACTIVISMO

Hablamos con Joseba Errekalde y Oscar Arroyuelo sobre casi cuatro décadas que llevamos de lucha contra el VIH-Sida en Euskadi.

Han pasado 35 años desde que el Virus de Inmunodeficiencia Humana, fuera identificado en 1983 por Françoise Barré-Sinoussi y Luc Montagnier del Instituto Pasteur. como causante de una enfermedad inmunológica que conocemos como sida cuyos cinco primeros casos se hicieron



ran públicos, el 5 de junio 1981, por los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades de los Estados Unidos.

Durante todo este tiempo se ha avanzado mucho, tanto a nivel científico-médico como a nivel social y humano. Tanto es así que las principales asociaciones estatales e internacionales que luchan por los derechos de las personas con VIH han hecho suyo el mensaje INDETECTABLE = INSTRASMISIBLE lanzado por ONUSIDA. Con éste eslogan quieren difundir cómo diversos estudios científicos han ofrecido evidencias contundentes e irrefutables de que las personas que viven con el VIH con una carga viral indetectable no pueden transmitir el VIH mediante el intercambio sexual. La imposibilidad de darse la transmisión del virus obedece al acceso y a la correcta adherencia a los tratamientos antirretrovirales de las personas con VIH que consiguen disminuir la carga viral en su organismo hasta niveles indetectables.

Aun así, todos estos avances hacen que, en ocasiones, se olvide todo lo conseguido y lo aún no al-

canzado sobre el VIH. Como recuerda Joseba Errekalde, miembro de Harri Beltza, además de GEHITU, que vive con VIH desde hace más de 30 años: “No hace ni tres años me llamaron de una ikastola para hablar con el claustro porque tenían un niño con VIH escolarizado y querían que todo el mundo dispusiera de unas pautas a seguir. A mí, se me vino a la cabeza, ¿cómo es que todo el claustro se ha enterado de que hay un niño que vive con VIH escolarizado?” – y añade – “mira que hay un protocolo estricto de lo que debe saber la dirección y lo que no. Pero claro, para ellos y ellas la duda era ¿qué problema es ese niño para nosotros? Y les respondí: no, no, la pregunta correcta es, ¿qué problema podéis ser para ese niño?”.



Este tipo de situaciones podrían parecer superadas, pero siguen dándose, y no solo en el ámbito escolar. El activismo sobre el VIH se ha reducido mucho desde los movimientos reivindicativos de los 90 y, por ello, ha mermado la visibilización e información sobre esta problemática. Casi como sucedía a principios de los años 80 siguen dándose confusiones hoy en día en torno al VIH muy preocupantes. Óscar Arroyuelo, también miembro de GEHITU y activista casi desde los inicios de la aparición del VIH, recapitula: “En aquella etapa se hablaba de la peste rosa. La información llegaba de los Estados Unidos de una manera mediáticamente muy tremenda. Y desde las asociaciones LGBTI existentes en aquel momento, tanto en Euskadi como en el resto del Estado, tuvimos que hacer de cortafuegos y asumimos una responsabilidad social más general respecto a la problemática, no ya exclusivamente como colectivo, sino como personas preocupadas por una nueva realidad que afectaba a la salud pública y era desconocida en todos sus términos”.

De esta manera, como indica Arroyuelo, en los inicios de la pandemia en Euskadi, como en el resto del mundo, el desconcierto era mayúsculo. Pero aquí, se presentaba de una manera diferente. Mientras en otros países el sector de población más afectado

era el de hombres que tenían relaciones sexuales con otros hombres, en Euskadi las personas más afectadas fueron quienes usaban drogas por vía intravenosa. Esto hizo que el tejido asociativo se diversificara y mutara, no componiéndose exclusivamente de activistas gais, para atender y alcanzar al máximo número de personas posible.

“En la consulta nos juntábamos usuarios de drogas, prostitutas y gais – explica Errekalde - eso es algo de lo más heavy que en la militancia me ha tocado vivir porque, en los inicios de las asociaciones antisida, el grueso de quienes estaban eran personas muy destrozadas por las drogas que llevaban más tiempo infectadas por lo que su esperanza de vida era menor, y los pocos gais éramos niños pijos del ambiente de entonces”.

Además de las asociaciones, Arroyuelo recalca la importancia de la implicación de los servicios sanitarios de la época, tanto por su trabajo, como por la humanidad mostrada, ofreciéndose voluntariamente para tratar a las personas afectadas por el VIH o enfermas. “Dentro del propio sector sanitario existía una discriminación para la gente que trabajaba con las personas con VIH. Así que a ellas y ellos hay que reconocerles un doble valor– argumenta -. Eran profesionales con dos ovarios y dos cojones bien puestos, no solamente para atender a la gente con inmensa calidad humana, venciendo sus propios temores, sino también para hacer frente a la dura presión a la que se veían avocados por parte de otras compañeras y compañeros sanitarios”.

Toda esta red humana, voluntariado, personas afectadas y personal sanitario, en su conjunto supuso que la lucha del VIH se tiñese de otros colores. Y que mucha gente, incluso personas que no eran activistas, se unieran a movimientos en pro de los derechos humanos de las personas afectadas. Fuera por vivir con el VIH o, sin estar infectadas, por verse estigmatizadas al integrar los colectivos identificados como dianas sociales de la epidemia. O simplemente, por ser parte del entorno familiar, relacional o amistoso más próximo.

Así, Arroyuelo menciona la estrecha unión del colectivo LGTBI con el movimiento feminista, más acusada aún a raíz de la aparición del VIH/Sida: “es una asociación que no puede perderse jamás de vista.

Una relación que necesariamente ha de ir siempre de la mano y de la que debemos nutrirnos y enriquecernos mutuamente”. Errekalde recuerda cómo “también el movimiento obrero estaba presente porque había tantas paredes por construir que, aunque cada uno construía la suya, necesariamente nos apoyábamos todos entre todos. Entonces, cuando tocaba una protesta todas y todos estábamos unidos, ya fuera una huelga laboral o una reivindicación política como la que conlleva la lucha contra el estigma de sectores de la ciudadanía”.

Aun siendo el colectivo gay cabeza visible en la lucha preventiva no es menos cierto que parte del movimiento ha intentado mantener cierta distancia y no verse identificado con el problema, lo que ha supuesto que, en ocasiones, la dirección política del colectivo como tal, se centrara en otros asuntos y reivindicaciones. “El hecho de que se planteara la batalla del matrimonio, y tomara la fuerza que cogió, -expresa Errekalde- tuvo que nutrirse de la energía que necesitaba y las fuerzas no daban para mucho más”. Arroyuelo matiza que las estrategias y esfuerzos empleados en otras reivindicaciones paralelas dentro del movimiento, si bien dejaron a veces desasistida la lucha contra el sida, derivaron en beneficio de las personas con VIH. “La conquista del matrimonio igualitario tuvo mucho que ver con la lucha contra el sida y sus consecuencias sociales, aunque no lo parezca a primera vista. He sido testigo de muchas situaciones lamentables y trágicas, tanto de parejas serodiscordantes gais como aquellas donde ambos miembros vivían con VIH. Ante la enfermedad, el ingreso hospitalario la pareja se veía desprovista de todo derecho, no podía siquiera acompañar a quien amaba durante los últimos días de su vida, porque las familias se lo impedían, con absoluto respaldo legal. Ni siquiera podían ser la voz de expresión de los deseos finales de quienes compartieron con ellos libremente sus vidas. Simplemente porque no se les reconocía por esas familias ser la pareja de sus hijos o hermanos. Ni acudir al entierro a veces pudieron. Y qué decir de aquellos casos en los que fallecía el propietario del domicilio conyugal o quien únicamente trabajaba. Su pareja se quedaba en la calle, desamparada, sin derecho alguno sobre el que fuera antes su hogar común, ni acceso a pensión alguna. El matrimonio igualitario puso punto y final a todas estas barbaridades”.

VIH-SIDA EN EUSKADI Y ACTIVISMO

GEHITU, Harri Beltza, Sidálava, T-4, Bizkaisida, ACASGI, Itxarobide ... son varias de las asociaciones vascas que siguen hoy en día luchando contra el estigma y por los derechos de las personas con VIH; también quienes presionan e instan a la sanidad pública y a la empresa privada a mantener y avanzar en la investigación necesaria para acabar con esta pandemia. Gracias a ellas, además del trabajo de los diversos movimientos e instituciones de todo tipo mencionadas, "hemos avanzado muchísimo" -comenta Errekalde, pero advierte que- "hay una gente que tiene unas orejeras enormes. Las tiene con el VIH, las tiene con las personas homosexuales y respecto a un montón de otras cosas. No sólo no evolucionan sino que, incluso, yo creo, van para atrás".

Pese a todo, desde un prisma humanitario, Arroyuelo afirma que "al final el VIH se va asumiendo

socialmente como una realidad más. Desde hace tiempo no nos constan situaciones tales como que se expulse a una persona con VIH del entorno familiar o escolar, por ejemplo. Aunque este tipo de reacciones no se producen como antes no hay que bajar la guardia porque, no en todo el mundo las circunstancias son similares. Legalmente en nuestro Estado aún se mantiene una catalogación jurídica del VIH trasnochada que abona el terreno para mantener el estigma y la discriminación entre otros ámbitos, en el laboral. E, internacionalmente hoy por hoy, en 68 países vivir con VIH supone estar bajo el foco permanente de la represión al contar con leyes que penalizan específicamente la no divulgación del estado serológico respecto al VIH, la exposición o la transmisión del VIH. El trabajo contra la injusticia y por defender los derechos humanos, cuatro décadas después no ha terminado."

Entrevista realizada por **Ander Prol**

Joseba Errekalde es una de las personas más destacadas del movimiento gay vasco respecto a la lucha contra el VIH/sida, además de una de las pocas que, desde los años noventa, ha sido visible como persona que vive con VIH. Militante en Gehitu desde sus inicios (1997), también constituyó y presidió Harribeltza (1994), una de las asociaciones vascas que, en este caso, desde Oiartzun, continúa activa y está centrada específicamente en el autoapoyo entre personas afectadas y sus seres queridos. Además de activista incondicional es un superviviente. En 1986 decidió junto a su entonces pareja estable hacerse la prueba del VIH cuando vivían en Nueva York. Ambos querían saber cuál era su estado de salud y percibían un mayor riesgo al vivir en Estados Unidos. Su novio dio negativo y él positivo. Dedujo que se había infectado previamente en Ibiza, donde antes residió. El VIH no tenía fronteras. Vivió aquellos primeros años de psicosis en la ciudad de los rascacielos, en una sociedad asustada, con un problema de salud terrible, por la gran cantidad de muertes que había a tu alrededor, "cuando te diagnosticaran era prepararse para morir", pero también siempre destaca que fue el momento en el cual se dio un ejemplo de organización y solidaridad de la sociedad civil y del colectivo para dar asistencia a las personas afectadas en un país sin asistencia sanitaria gratuita. Actualmente sigue trabajando como voluntario y siendo un referente destacado en la coordinadora Vasca Euskalsida y en Gehitu.

Óscar Arroyuelo es otro de los veteranos activistas del colectivo LGTBI en la lucha contra el sida en Euskadi, labor que durante la última década continúa desde Gehitu. Siendo miembro de EHGAM lideró la creación de la primera asociación vasca en la lucha contra el Sida, la Comisión Ciudadana Antisida de Bizkaia (1985), de la que fue su primer presidente. Desde ella impulsó diversas iniciativas pioneras, como el primer programa de intercambio de jeringuillas y reducción de daños asociados al uso de drogas por vía parenteral del estado, la revista Sidapress, que se convirtió en la primera publicación monográfica sobre la materia, los Talleres de Sexo Seguro para gais, o la formación de agentes de salud entre personas que ejercían la prostitución e inmigrantes. Colaboró también en la puesta en marcha de la Comisión Antisida de Alava (ahora Sidálava) impulsada -entre otros- por Peio López de Munain y César Manzanos; de Nafarroa (1986) impulsada por Itziar Torres y Marío Gaviria; o la Asociación T4 en Bilbao, impulsada por Josu Imanol Unanue e Isabel Quesada, entre otras muchas personas todas ellas. También contribuyó a la creación de la primera Federación estatal de Comités y Comisiones Antisida estatal, germen de la actual CESIDA, cuya raíz primaria radicó en el Comité Anti Sida de Madrid (1984) y en el Ciempiés (1987). Entidades donde personas como Manolo Trillo, Blas Mompadré o Héctor Anabitarte, hicieron historia en la lucha contra el sida en España.